

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 6 DE FEBRERO DE 1921

NÚM. 19.348

EL ANTRUEJO CADUCO



DIBUJO A PLUMA ORIGINAL DE PABLO VERA

Ayuntamiento de Madrid

LA ESTÉTICA

DE

RÉMY DE GOURMONT

SEGURAMENTE el volumen de aéreas impurezas titulado *Colores* no es el más apto para iniciar la versión de Rémy de Gourmont en prosa castellana; trabajo que ha emprendido Julio Gómez de la Serna. Pero el prólogo de ese libro contiene en pocas frases un luminoso capítulo de Preceptiva: «La novela es un poema; toda novela que no es un poema, no existe.» Y así también la comedia, el cuento, el simple artículo destinado a la información de un periódico. «Un artículo puede ser un poema, no bien se haya asignado el ritmo sobre el cual ha de desarrollar su breve pavana... Un cuento es un paseo.» No debemos sacrificar la armonía de la frase a la razón, «a eso que los hombres sin más allá en el espíritu llaman la verdad. El verdadero poeta y el verdadero sabio saben siempre, como Goethe, armonizar la Poesía con la Realidad, tanto más fácilmente cuanto que la Poesía es hija de la Realidad.» Admirable, finísimo, exquisito... Pero, al llegar a la última de esas afirmaciones del gran crítico francés, me pregunto si no sería más exacto decir que también muchas veces la Realidad es hija de la Poesía; y aún me atrevería a decir más: cuando la Realidad no es hija de la Poesía no tiene ningún valor, ni siquiera el de ser nuestra gran adversaria la Naturaleza. Platicámonos un poco sobre este tema.

La tesis de Rémy de Gourmont se opone, en cierto modo, a la espiritual paradoja de las *Intenciones* de Oscar Wilde, que el propio Julio Gómez de la Serna vertió al castellano, también en la colección de la Biblioteca Nueva. Sabido es que para Wilde es la Realidad quien imita al Arte, a veces demasadamente.

Recuerdo haber escrito, hace años, en uno de mis ensayos estéticos, que la vieja fórmula naturalista «la realidad vista a través de un temperamento», debería modificarse diciendo: «La realidad vuelta a crear por un temperamento». Es imposible distinguir la paternidad y la filiación entre Naturaleza y Poesía, porque ambas se fecundan mutuamente en la fantasía del poeta. Esa palabra, fantasía, *visión*, *Idealidad*, rostro de las cosas invisibles, representa el verdadero principio masculino que actúa sobre la Naturaleza ofreciéndola transfigurada al Poeta, y sobre el Poeta haciéndole producir una Naturaleza que lleve infusa el alma de elección que la contempló.

No es posible enfrentarse con la Naturaleza, poéticamente, mas que en dos formas: para luchar con ella o para gozarla y fecundarla. Y generalmente esas dos formas son momentos sucesivos; el primero es el trágico, el segundo el lírico. Y no sé cuándo es más intensamente valiosa la Naturaleza como elemento poético: por el dolor o por el amor; cuando es diablesa o cuando es diosa. Monstruosamente doble, siempre es la centauresa en celo cuyas crines sueltas al viento quiero asir el poeta al azar del galope; o la amazona terrible que sólo da su amor en premio a los que han luchado con ella y por ella.

¡La Realidad! ¡La Naturaleza! No ya el poeta en el concepto corriente de esa palabra, sino también el sabio cuando alcanza las verdaderas alturas y se torna, a su modo, poeta, fecundan y renuevan la Naturaleza. El mito teogónico, primera forma de interpretación de la Naturaleza, se convierte luego en forma puramente científica; el Cíclope

se torna volcán; pero la hoguera que antes encendía un dios en las entrañas del monte, la enciende ya, para el porvenir, el sabio que se arroja en la sima de fuego para conocerla. Yo creo que la Tierra estuvo realmente inmóvil y que el Sol dio vueltas a su entorno hasta que Galileo y Copérnico la empujaron. Una novela es un poema; pero los grandes atisbos e inducciones de la ciencia son también novelas en el alto sentido; «nuevas» normas reflejadas en la multiforme retina humana, eterna Psiquis inclinada, con su lámpara goteante, sobre la Naturaleza dormida. No, no hubo, ni en realidad ni en idealidad, gravitación hasta que Newton la impuso, porque sólo entonces fué un valor humano; no hubo evolución zoológica hasta que Darwin enlazó los gérmenes en las matrices prehistóricas y extinguidas. ¿No fué Pasteur un formidable domador de la Naturaleza? ¿Es ella en rigor la misma, después que él existió?

Pero conviene huir de toda logomaquia. La Poesía, hija de la Realidad; la Realidad, hija de la Poesía... La Poesía es la Realidad en que se plasma o encarna la Idealidad del poeta. La palabra *apariencia* expresa bien la fluctuación entre el valor subjetivo de la idealidad y el valor objetivo de la realidad. Todo es *apariencia*; esto es, mezcla de visión y esencia. Para los escogidos, esa *apariencia* se ilumina con el reflejo de la luz interior del que lo contempla; para los profanos, se oscurece con la sombra que ellos mismos deponen sobre las cosas, al pasar... Y la *apariencia*, tomando cuerpo, tomando nueva realidad, hija del Poeta, puede llegar a ser *Aparición*, que inspire al que la inspiró; al que la *inspiró* con su soplo creador sobre el barro.

Pero esa *apariencia*, ¿es la forma que toma la realidad en la visión del poeta, o es la imagen de la fantasía del poeta en la tosca realidad? ¿Dulcinea nació de una transfiguración de Aldonza Lorenzo, o fué Aldonza Lorenzo quien encarnó un instante, para Don Quijote, la ideal fantasmagoría de Dulcinea? ¡Oh divina indecisión, cuyo mayor encanto consiste en su propia insolubilidad!

Rémy de Gourmont fué lo que llamaríamos un «esteticista». La fórmula de su producción debería ser aquella con que algunos han sustituido la antigua divisa *el Arte por el Arte*: «El Arte por la Belleza.» Esa ausencia de trasunto humano y universal es lo que le hizo incurrir en el anatema tolstoyano. Y a propósito: yo creo que la revisión de la lucha de valores artísticos en el final del siglo XIX francés nos daría hoy una clasificación diversa de la vulgar nomenclatura de escuelas: parnasismo, realismo, naturalismo, simbolismo, etcétera; esta distribución es muy defectuosa, porque agrupa bajo designaciones análogas valores tan opuestos como Zola y los Goncourt, y, en cambio, disgrega valores similares, como Flaubert y los parnasianos. La dualidad capital de escuelas, a contar desde el romanticismo, fué la que medió entre subjetivistas y objetivistas; entre partidarios de la presencia del autor en la obra y partidarios de la impassibilidad y silencio divino del autor ante la obra como reflejo de realidad o de belleza. Los primeros representan el arte transcendental y heredan a los románticos; los segun-

dos, imbuidos de espíritu clásico, son adeptos del arte immanente. Así se enlaza bien, a través de los primeros, Víctor Hugo con Zola, y se comprende que fuese Zola el corifeo del impresionismo pictórico, tan fuertemente subjetivista. Y así se enlaza, en la escuela opuesta, la tradición de Gautier y Banville con Leconte de Lisle y Heredia; la impassibilidad de Stendhal, el incorrecto, con la de Flaubert, el estilista; la refinada morosidad de los Goncourt con el preciosismo pictórico y poético, o con los intentos de música descriptiva.

Pero hay en el genio francés una musa inspiradora que supo juntar las dos corrientes; esta musa es la ironía. Digo esto, porque el llamado *dilectantismo*, hijo de la ironía, ha sido presentado como «un apartamiento elegante de la realidad»; a pesar de lo cual, una de sus cualidades es el disimulo de la personalidad del autor, encastillado en su

pesimismo. Y lo curioso es que los más típicos dilectantes, desde Voltaire a Anatole France, han sido en la vida hombres que han sabido abandonar su torre de marfil en la hora de las grandes intervenciones ciudadanas.

Uno de esos dilectantes fué, toda su vida, Rémy de Gourmont. Hombre de cultura enorme y enciclopédica, filósofo en el sentido originario de la palabra, *amador* de todas las cosas, toda noción envolvió para él, además de su valor como verdad, un valor de belleza. Ese hombre poseyó las verdades no sólo como ideólogo, sino también como varón. Hay una complacencia amorosa en la estilización de su pensamiento; un delirio erótico en el ritmo de su palabra. Pero hay también un luchador por todas las causas libertadoras; un hombre en quien las realidades no hacen vacilar nunca la luz interior.

Gabriel ALOMAR

DE LA VIDA PINTORESCA

LOS HOMBRES SERIOS

BIENAVENTURADOS los hombres serios, porque ellos vienen al mundo vestidos y calzados y con una renta que les permite ir tirando tranquilamente del pesado carro de la existencia!

La seriedad es una cuenta corriente en el Banco de España. Un hombre serio tiene indiscutible derecho y condiciones para culminar, lo mismo en la Medicina, que en la Literatura, que en la política, que en el football...

Un Homero de pedanía, o, cuando más, de cabeza de partido, publica en «El Eco de Alpedrete» un madrigal loando los ojos de la Policarpa de sus pensamientos, y a partir de aquel día todos le llaman «insigne vate», o «esclarecido poeta», y le proclaman continuador de las glorias de Virgilio y Garcilaso juntos. En todas partes se le mira con respeto y queda implícitamente autorizado para entrar en los domicilios de sus admiradores sin quitarse el sombrero, lo cual es un signo de genio.

Pero ocurre que un escritor festivo se pasa lo mejorcito de su existencia imaginando chistes para endulzar las amarguras de la vida de sus conciudadanos, y apenas si hay quien le dedique el más vulgar y corriente de los adjetivos encomiásticos.

A nuestra tertulia del café concurre todas las noches D. Sixto, un señor alto, seco, escurrido de carnes y serio como un Consejo de guerra sumarisimo. Don Sixto penetra en el local pausadamente, como si quisiera escucharse las pisadas, y con el empaque y la prosopopeya de un interventor de Delegación de Hacienda provinciana; el camarero acude solícito y le despoja del gabán; todos le ofrendamos el mejor sitio, y él contesta a nuestros respetuosos al par que efusivos saludos con una leve y ceremoniosa inclinación de cabeza.

—Pepe—dice D. Sixto al camarero—, ya sabes.

Y el camarero, con una presteza impropia de sus noventa y cuatro kilos, va a la cocina y dice con voz solemne:

—Media de abajo, y ¡joj! que es para D. Sixto...

¡Lo que se consigue con un poco de seriedad bien administrada!

—¿Y qué le ha parecido a usted el discurso del conde?—le pregunta uno de los de la tertulia.

Y D. Sixto pone los ojos en blanco, eleva la mirada al techo, y después de meditar un momento, contesta con académica solemnidad:

—Aun no he formado juicio... Pero... Sin embargo... Los acontecimientos dirán... En política, todo es enigmático...

Los conturlios nos quedamos admirados ante lo ecuánime de aquella respuesta que tanta luz nos da, y luego exclamamos:

—¡Qué talento tiene este D. Sixto! ¡Qué seriedad la suya!

—¡Ha leído usted la Prensa de la mañana—osa interrogarle alguien.

—¿Yo leer periódicos? ¡Jamás!—contesta con fiera indignación—. Y no vacilo en sostener que de todo lo malo que ocurre en España tienen la culpa ellos.

—Es posible que así sea—contestamos al unísono.

—Pues yo no sé de lo que se trata; pero no estoy conforme con D. Sixto—exclama Tarambáñez, que en aquel momento ha entrado en el café y ha sorprendido al hombre serio en el uso de la palabra.

Don Sixto fulmina sobre Tarambáñez una mirada de esas que cortan la leche, y rojo de ira exclama:

—¡Tarambáñez, cada día está usted más inconveniente!

Y Tarambáñez, en vez de incomodarse y plantearle una cuestión personal, lanza una carcajada totalmente histérica que pone al hombre serio al rojo blanco.

Nuestro conturlio Tarambáñez es un muchacho alegre y decididor, que se pasa la noche burlándose de todo lo divino y lo humano y haciendo chistes hasta de su propia sombra; pero por este motivo nadie le hace caso. El camarero le sirve el café frío, y si un día pide riñones saltados, se los trae todos juntos, y además le trata con la misma confianza que si le hubiera destetado con harina lacteada...

—¡No puedo con este Tarambáñez!—ruge D. Sixto—. No tiene ni pizca de formalidad, y, o se va él, o me voy yo.

—¡Nunca—gritamos todos—; por eso es que no pasamos!

Y ahí tienen ustedes a D. Sixto, respetado por todo el mundo, oído como un oráculo y siendo capaz, por su seriedad, de hacer creer a las gentes que Narváez no ha muerto aún.

Y, lo que son las cosas; para nadie es un secreto que D. Sixto es una calabaza rellena de serrín de corcho; pero es un hombre serio, y con esto ya tiene bastante para vivir rodeado de la admiración de sus conciudadanos...

Manuel SORIANO

La reina poetisa y piadosa

B IEN haya la angélica memoria de doña María Josefa Amalia, que fué tercera y penúltima esposa del señor D. Fernando VII, de inolvidable memoria.

Entre las muchas soberanas que ha tenido España, ninguna pisó las gradas del trono con más callado paso y ninguna permaneció más ajena a las intrigas políticas ni tan alejada del bullicio cortesano.

La devoción y las musas tuvieronla embargada durante toda su corta vida, desde que ingresó como educanda en aquel plácido monasterio a orillas del Elba, hasta que Dios fué servido de llamarla para sí con el auxilio de una fiebre pertinaz.

La excelsa señora no había sido creada para el ajeteo y el bullicio cortesanos, sino más bien para el místico y pacífico gobierno de un convento, aunque no con aquella energía sabia y política de Santa Teresa de Jesús; dado el caso de que María Josefa Amalia no hubiera alcanzado el alto puesto que alcanzó en la vida, la santa casa que ella rigiese habría estado compuesta por ancianas apacibles y beatas de exagerado misticismo, que no se cuidaran de otra cosa que de rezar las horas canónicas y cuidar el servicio de sacristía, sin meterse en intrigas ni tener resabios del mundo. En cuanto hubiese habido una hermana viva de genio y amiga de discurrir por su cuenta, hubiese dado al traste con la autoridad de la abadesa.

El regio consorte y deseado monarca de la gente maja y la aristocracia intransigente con los aires liberales que nos venían de fuera, era en todo contrario al apocado espíritu de su nueva esposa; sólo en la fanática marullería, y más por cálculo que por convicción, tenía ciertos puntos de semejanza, pues que también sabía quedarse extático y sufrir algún que otro paroxismo histérico, como aquel que le acometió asistiendo al coro en el Monasterio de El Escorial.

Era vehemente, impulsivo y no nada suave, como no se viera en riesgo. No cumplía con aquella máxima pacata y ripiosa que escribió un pobrecito de Dios: «Con simpleza santa hablar, y en vano a Dios no jurar...»

Apenas fueron celebradas las honras fúnebres por la temprana y desdichada muerte de la reina doña Isabel de Braganza, acaecida a los dos años de su matrimonio, dióse el regio viudo a pensar en nueva esposa, en su noble deseo de dar un sucesor a la corona de España, y con tal objeto puso sus honrados pensamientos en la princesa María Amalia, hija del elector Maximiliano de Sajonia.

Don Fernando de Aguilar y Contreras, marqués de Cerralbo, fué elegido para concertar este matrimonio, el tercero que había de sufrir el hijo de María Luisa y de Carlos IV (el buen rey que pasó sobre el trono de sus mayores como un marido bonachón de comedia francesa).

La novia, monástica, hurtada contra su gusto a la paz del oratorio, llegó a



la frontera de España el 2 de agosto de 1819, y su feliz llegada suscitó un pleito ceremonioso de aquellos a que tan aficionados eran nuestros venerables abuelos en las cosas palatinas. La villa de Irún y la ciudad de Fuenterrabía disputábanse el empingorotado honor de proporcionar la barca en que la futura soberana había de pasar el Bidasoa, y discutiendo si pasaba en esta o pasaba en la otra, a poco si la bondadosa dama tiene que cruzar a nado. Al fin quedó el pleito fallado en honor de Fuenterrabía, que probó suficientemente, en un memorial presentado al rey, que desde muy antaño tenía el privilegio de que se mostraba tan celosa; en su barca habían entrado casi todas las princesas extranjeras que vinieron a quedarse por reinas de España.

El infante D. Carlos María Isidro salió hasta Buitrago a recibir a su cuñada.

Arriaza, el poeta oficial de las venturas y las pesadumbres regias, se despachó a su gusto inundando de saluciones poéticas las principales calles de la villa y las apretadas columnas del *Diario de Avisos*. Por cierto que esta vez no lo hizo tan ramplonamente como tenía por costumbre.

«Bella, bondadosa y en edad florida, llena de gracia y de piadoso anhelo», la llamó; y no se le fué la mano por adulador y lisonjero; que era doña Amalia,

a pesar de su mojigatería, una lindísima damisela de dieciséis abriles.

No se pensaba ella que la cruz del matrimonio tuviera tan agudas astillas que se le clavarán en lo más sensible de sus convicciones religiosas; y así, según cuenta el marqués de Villaurrutia en su notabilísima obra *Las mujeres de Fernando VII*, la fecha de sus esponsales fué para ella la más tragicómica de toda su vida...

Menester fué que el voluntarioso Fernando diera treguas a su mal humor y pasara por el trance, nada airoso, de pedir al Sumo Pontífice que inclinara a la antigua monjita a la afición del Santo yugo.

La infeliz no tuvo otro remedio que doblegarse a las exigencias de su nueva condición, aunque nunca logró ser ni demasiado afable ni gustosa de las ostentaciones y galas de su elevada jerarquía.

La devoción de las musas, que ya había practicado en su retiro monástico, y el constante empleo de su espíritu en prácticas religiosas sirviéronla de mucho consuelo en la vida privada.

Su inspiración, sencilla y meliflua, no había menester de un experto conocimiento de nuestro bello idioma para hacerle florecer en romances y églogas al uso pastoril, tan en boga por entonces, en el que Meléndez, Jovellanos, Iglesias y los Moratín habían dado tan notables

modelos; de suerte que se lanzó a la poesía, y lo hizo ni mejor ni peor que otras damas ilustres que andan revueltas con ellas en la *Antología de poetisas líricas*, publicada por la Real Academia Española.

¡Oh, candor inenarrable de la excelsa soberana! Todos los acaecimientos de su matrimonio los pasó por el simplísimo cernedor de su ingenio.

El futuro rey de España, que pudiera ser continuador de las glorias de Fernando, no llegaba, y la fracasada madre, llena de lírico dolor, disculpábase ante la nación y ante la posteridad componiendo aquellas famosas décimas que acaban de esta suerte: «Por mí no quedó que hacer; obre Dios en su clemencia...»

¡Oh, quién pudiera traer a cuenta aquellos viajes que sus majestades hacían a Sandón en pleno agosto, para que la soberana tomase las salutíferas aguas, únicas capaces de regalar a España un príncipe de Asturias!... ¡Quién pudiera trasladar a estas graves columnas las aceradas puyas y sabrosas lamentaciones con que el aburrido esposo asaeteaba a la sufrida compañera!...

Seguramente que sería cosa de ver la regia comitiva por los ardientes caminos de la Alcarria, llenos de sol y de polvo, el rey sudando y maldiciendo como un carretero, la reina amarrada a las cuentas de su rosario y los gentiles hombres, palafreneros y soldados de la escolta padeciendo por una desdicha en que no tenían culpa...

La piedad puede decirse que fué el único lazo que durante ocho años unió aquellas dos vidas, pues que el monarca

prosiguió sus aventuras manolescas y sus excursiones nocturnas en los jardines de Aranjuez, con gran inquietud de su jefe de Policía D. Trinidad Balboa, que corrió peligro de curarse el extremado celo con un viaje a Ceuta.

De estos ejercicios piadosos habla en manera elocuente aquella oda que escribió la reina con motivo de hallarse con su esposo la víspera de la Inmaculada Concepción, él rezando el oficio del día y ella el parvo de la Virgen.

Más que el poeta oficial y cortesano D. Juan Bautista de Arriaza pudo ser su mentor poético aquel candoroso capellán de las *Magdalenas*, D. Francisco Gregorio de Salas, que firmaba los cándidos frutos de su ingenio con el bucólico nombre de *Salicio*.

Aquel buen siervo de Dios, que aunque viviera mil años podía ser el *Benjamín* de las musas, parecía el maestro ideal de la regia poetisa.

Pero poco brilló el ingenio de la reina, por malaventura de las letras patrias; pues que a 18 de mayo de 1829 falleció la egregia señora en el Real Sitio de Aranjuez. (A buen seguro que el mejor día para encontrar su ánima es el día de los Santos Inocentes.) Y la buena señora no mereció de su esposo más responso que el de decir: «Se acabaron los rosarios.»

Diego SAN JOSE

JUANILLO Y JUANÓN



ERANSE que se eran Juanón y Juanillo. Juanón era torpe y de mal genio; Juanillo era listo y alegre. Pero Juanillo era pobre, y Juanón rico. Juanillo no tenía más que un buey, con el que no podía arar el pedacito de tierra que le habían dejado sus padres, y Juanón, en cambio, tenía cuatro bueyes, con los que araba un campo hermoso.

Juanillo pidió a Juanón, prestadas, las dos yuntas de bueyes para poder labrar su tierra, y Juanón se las dejó.

—¡Mirad mis bueyes, mirad mis bueyes!—cantaba Juanillo, contentísimo, mientras araba su campo con cinco bueyes relucientes, los de Juanón y el suyo.

Pero Juanón, al oírle cantar aquello, se enfureció y le dijo:

—¿Por qué dices «mis bueyes», si no son tuyos? Como vuelvas a decir eso, ya verás!...

Juanillo, al día siguiente, se olvidó otra vez, y volvió a cantar lo mismo. Entonces Juanón, lleno de rabia, dió un golpe en el testuz al buey de Juanillo y lo mató.

Juanillo, muy triste, arrancó la piel a su buey, y, guardándosela en un saco, se marchó del pueblo en busca de fortuna.

Andando por el camino se le hizo de noche, y se acercó a una casa que encontró en la orilla de la carretera, y se puso a mirar por la ventana para ver qué clase de gente había dentro.

Dos mujeres sentadas a la mesa con una bandeja de tortas delante, comían de ellas y bebían vino y más vino. Era la mujer del posadero, que, cuando no estaba su marido, se reunía, sin que él lo supiera, con una vecina suya, muy borracha, y más charlatana que borracha, y se pasaba el tiempo con ella dándole a la lengua, empujando el codo y llenándose la andorga.

Cuando más descuidadas estaban sintieron venir al posadero; y la mujer, temerosa de que la zustrase el marido, metió a la vecina dentro de un arca y escondió las tortas y el vino.

Juanillo, que había visto todo por la rendija de la ventana, llamó a la puerta y dijo si podían darle de cenar y ofrecerle posada para pasar la noche.

Le recibió muy amable el posadero; cenó con él, y, al final de la cena, viendo que no tenía postre, removió Juanillo el saco para que sonara la piel del buey y llamara la atención del hostelero.

—¿Qué suena?—preguntó éste.

—Un duende que llevo en el saco—respondió Juanillo—. Un duende mágico que lo averigua todo.

—¿Qué lo averigua todo?... Y ¿qué dice?

—Dice que en aquella alacena hay una bandeja con tortas.

La mujer, al verse descubierta, no tuvo más remedio que sacar la bandeja con las tortas. Maravillado el posadero, exclamó:

—Tortas sin vino, se atragantan. Pregúntale a tu duende para que nos diga dónde encontraríamos un poco de lo añejo con que remojar el gaznate.

Volvió a remover el saco Juanillo, y exclamó:

—Dice que detrás de aquel saco de patatas hay una botella con vino.

Retiraron el saco de patatas, y la hallaron. El posadero, lleno de avaricia al pensar todo lo que podría ganarse con un duende tan listo como aquél, dijo a Juanillo:

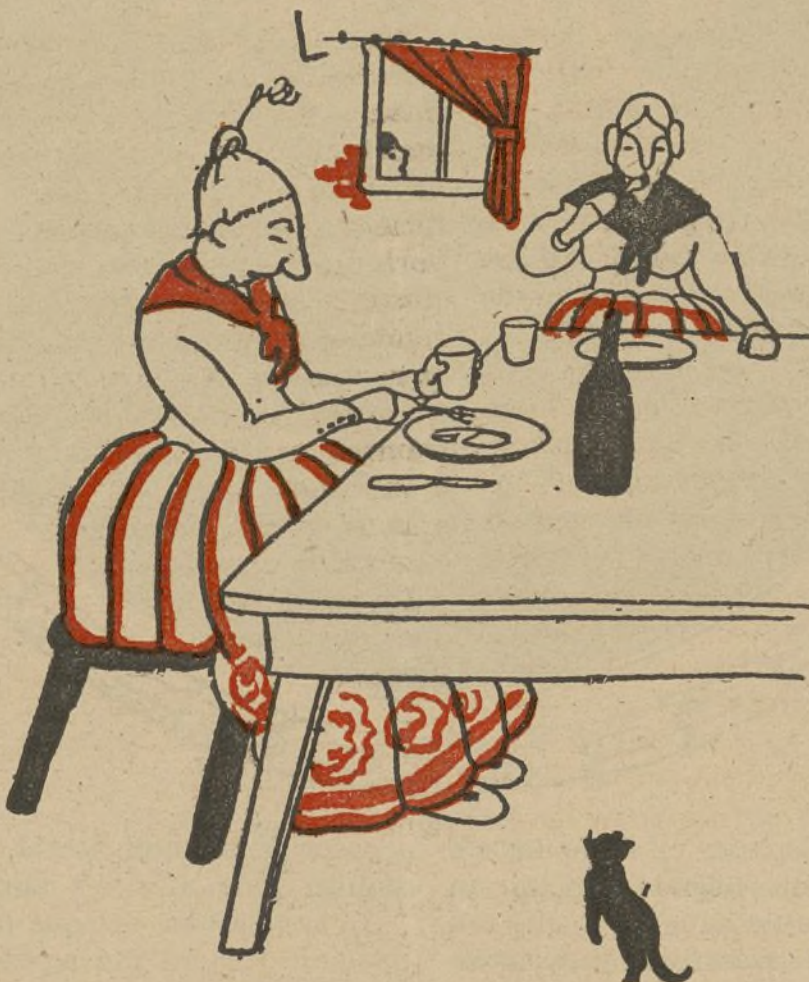
—Si tu duende acierta otra cosa, te lo compro y te doy por él una arroba de oro.

Juanillo sacudió el saco por tercera vez, y dijo al posadero:

—Dice que dentro de aquel arca hay un demonio en forma de mujer.

Fué el posadero al arca, la abrió un poco, con mucho cuidado, y al ver por la rendija que, efectivamente, había una mujer, cerró más que a paso, y dijo a Juanillo, temblando:

—Te doy la arroba de oro si me das el saco con el duende y si tiras al río el arca para que se ahogue el demonio.



Aceptó Juanillo, y se fué con la arroba de oro y con el arca. Una vez fuera, comenzó a llamarle la vecina y a decirle que le daría arroba y media de oro si le sacaba del arca, dejándola libre.

Juanillo aceptó el trato; soltó a la vecina, recibió la arroba y media y se volvió al pueblo con los sacos de monedas a lomos de un buen jumento que compró con parte del dinero ganado.

Cuando Juanón se enteró de que Juanillo estaba rico, le preguntó cómo se las había arreglado para ganar tanto en poco tiempo, y Juanillo le contestó:

—Vendí la piel del buey, y me dieron por ella dos arrobas y media de oro.

Juanón, entonces, se fué más que de prisa al establo, mató los cuatro bueyes que tenía y se fué a vender las pieles donde Juanillo le había dicho.

Cuando llegó al mercado del pueblo y pidió por cada una dos arrobas y media de oro, se indignaron tanto al oírle, que le cogieron entre todos y le dieron una tunda fenomenal.

Viéndose Juanón sin sus bueyes y con las costillas molidas a palos, se volvió al pueblo, lleno de furia, en busca de Juanillo, y en cuanto lo encontró lo metió dentro de un saco y se lo llevó para echarlo al río y ahogarlo.

Cerca del río ya, se paró Juanón a tomar unas copas en un mesón, y dejó a la puerta el saco con el pobre Juanillo dentro.

Estaba el infeliz creyendo que había llegado su última hora, cuando pasó por el camino un pastor, que iba diciendo:

—¡Ay, Dios mío; qué cansado estoy ya de este mundo! Cuando me iré al otro...

Juanillo, al oírle, le gritó:

—Si abres el saco, yo te diré cómo puedes irte al otro mundo.

Lo hizo así el pastor; salió Juanillo, y le dijo:

—Métete dentro del saco, en lugar mío, y ya verás cómo te vas al otro mundo...

—Cambiamos entonces—dijo el pastor.

Y así lo hicieron: Juanillo se marchó con el rebaño, y el pastor se metió en el saco.

Juanón salió del mesón, pasado un rato; se fué al río con la carga, la tiró y se volvió por la carretera, tan contento el muy bruto, satisfechísimo de pensar que no se volvería a encontrar más con Juanillo. Pero a la mañana siguiente, lo mismo fué salir Juanón a la puerta de su casa que ver a Juanillo con un rebaño hermosísimo, camino del campo, tan alegre y vivaracho como siempre.

Juanón se echó a temblar.

—Hola, Juanón—dijo Juanillo, riéndose—. ¡No sabes lo bien que lo he pasado ayer! Fuí al fondo del río y me encontré allí con una ciudad magnífica. Te ponen un taponcito en las narices y ya puedes respirar debajo del agua sin ahogarte. Hay muchos palacios, de mármol de arriba abajo, y todo el mundo es rico y se vive sin trabajar, y hay un rey muy bueno y muy poderoso que te da todo lo que le pides.

—Oye, ¿es de veras?—preguntó Juanón—. Y tú, ¿le pediste algo?

—Le pedí este rebaño, y ¡mirale!... No hizo más que llamar a uno que había allí y decirle: «A ver: que le den a éste las ovejas que quiera.» Y yo me traje todas estas...

¡Para qué quiso oír más el ambicioso de Juanón! Echó a correr hacia el río, dispuesto a zambullirse en el agua, para llegar cuanto antes al palacio mágico del rey que regalaba ovejas tan hermosas. No veía la hora de llegar y empezar a pedirle cosas al rey. ¡A Juanón se le hacía la boca agual! Juanillo había sido tonto, porque no se le ocurre a nadie encontrarse con semejante ganga y no pedir más que un rebaño! ¡Grandísimo imbécil!... Juanón le pediría un palacio, y piedras preciosas para venderlas luego, y...

... Y llegó al río... Tomó carrerilla, pegó un salto, se tiró de cabeza al agua, y... ¡colorín, colorao! Juanillo, el listo y alegre, se vió así, por fin, libre para siempre de Juanón, el torpe y cascarrabias.

JUAN DE LAS VIÑAS

Dibujos de BARTOLOZZI.





UN BEATERIO DE BRUJAS

Como si la figura legendaria del ángel que con un dedo sobre los labios ahuyenta a las gentes fuera precediendo al viajero recién llegado a Santillana, encuéntrase éste las calles, por dondequiera, mudas y solitarias. Con el dulce desmayo con que las tupidas trepadoras, cargadas de blanca flor, se desgajan de los carcomidos barandales leñosos, se arruina lentamente el desvenecado caserío sobre el cual se cierne el vibrante bordonado de la atmósfera en calma, turbada apenas por alguna voz aislada que, envuelta en olorosa fragancia del fresco prado, sale de un patio donde los campesinos descargan el carro repleto de heno, recién segado. Soledad y silencio, desolación cordial. ¡Santillana del Mar! Pero, ¿y el mar, que este nombre y la brisa delatan, dónde está? Diríase que en muy remotos tiempos estuvo aquí, amegándolo todo, y al retirarse luego abandonando la ciudad ahogada, quedaron enroscados por entre las armas de los escudos esa profusión de sierpes, tritones, delfines y sirenas que ostentan sus blasonados y agrietados muros. La Colegiata, misma—donde está Santa Illana, con el dragón al pie—parece de arena desecada; tanto el viento y los años han desmoronado su piedra, dorada y porosa, matando aristas, desmochando relieves, gastando y mutilando figuras.

Hablando de Santillana (la antigua Lobania) se han citado, a veces, las vastas ciudades flamencas, y creo que fué Maeterlinck quien dejó dicho, a su paso por ella, que Santillana es la Bruja española, si bien tal comparación evo-

DE BÉLGICA Y DE ESPAÑA

LAS CIUDADES MUERTAS



RETRATO DE RODENBACH POR LÉVY-DHURMER, EN EL MUSEO DEL LUXEMBURGO

ca, acaso más propiamente, el nombre de otra vieja villa pirenaica que, internada en la montaña de Navarra, y rara vez visitada de los turistas, pasó seguramente inadvertida al curioso espíritu del autor de *La Mort*. Lesaca, en efecto, que hoy reposa aislada en un frondoso y apartado valle, fué en los reinados de los primeros Austrias importante villa fronteriza, cuyos edificios conservan las líneas austeras y frías características de esa época; pero, terminada su vida, el tiempo ha resbalado por ella, como la nieve y la lluvia resbalan de continuo por los amplios aleros de madera labrada de sus oscuros caserones, por los musgosos pretilos de sus puentes, por su torre de piedra que refleja su ya inútil silueta en las pausadas aguas de un estrecho canal. «Cosa española abandonada en Flandes» llama Raynaud a Brujas, y pudiera pensarse que recíprocamente fué también Lesaca hermana de alguna bella ciudad flamenca, compatriota suya en los días en que ambas lograron su esplendor.

Pero no es preciso recurrir a Santillana y Lesaca para hallar en nuestro país ciudades admirables que duermen aguardando quien sepa despertarlas, o si murieron, flota ahora su espíritu so-

bre ellas, esperando al poeta que lo reencarne, por amor, plenamente, en su arte.

No les faltaron a muchas escritores ilustres que se fijaran en ellas—y de la misma Santillana han escrito las plumas de Galdós, Amós de Escalante, Pardo Bazán, R. León—; pero los que esto hicieron, seducidos tan sólo, en su mayoría, por el carácter pintoresco y curioso, no profundizaron su visión, rozando superficialmente tan sólo el exterior encanto. No vivieron ni se formaron desde la infancia en ellas, compenetrándose con el ambiente y entregándose a su alma como el recuerdo de una amada muerta, pues sólo así hubieran alcanzado una feliz evocación.

Tal es el caso de Brujas y Rodenbach, que han llegado a ser juntos un tópico literario. Por eso es Brujas el alma de toda la obra de este poeta belga—que merece ser divulgado en España—y el punto culminante de su labor, y por eso también preside en toda su producción el mismo espíritu íntimo y triste que le ha penetrado, determinando su arte y su estilo.

En los libros anteriores a *Brujas la muerta* van apareciendo los temas principales avanzando tímidamente y ha-



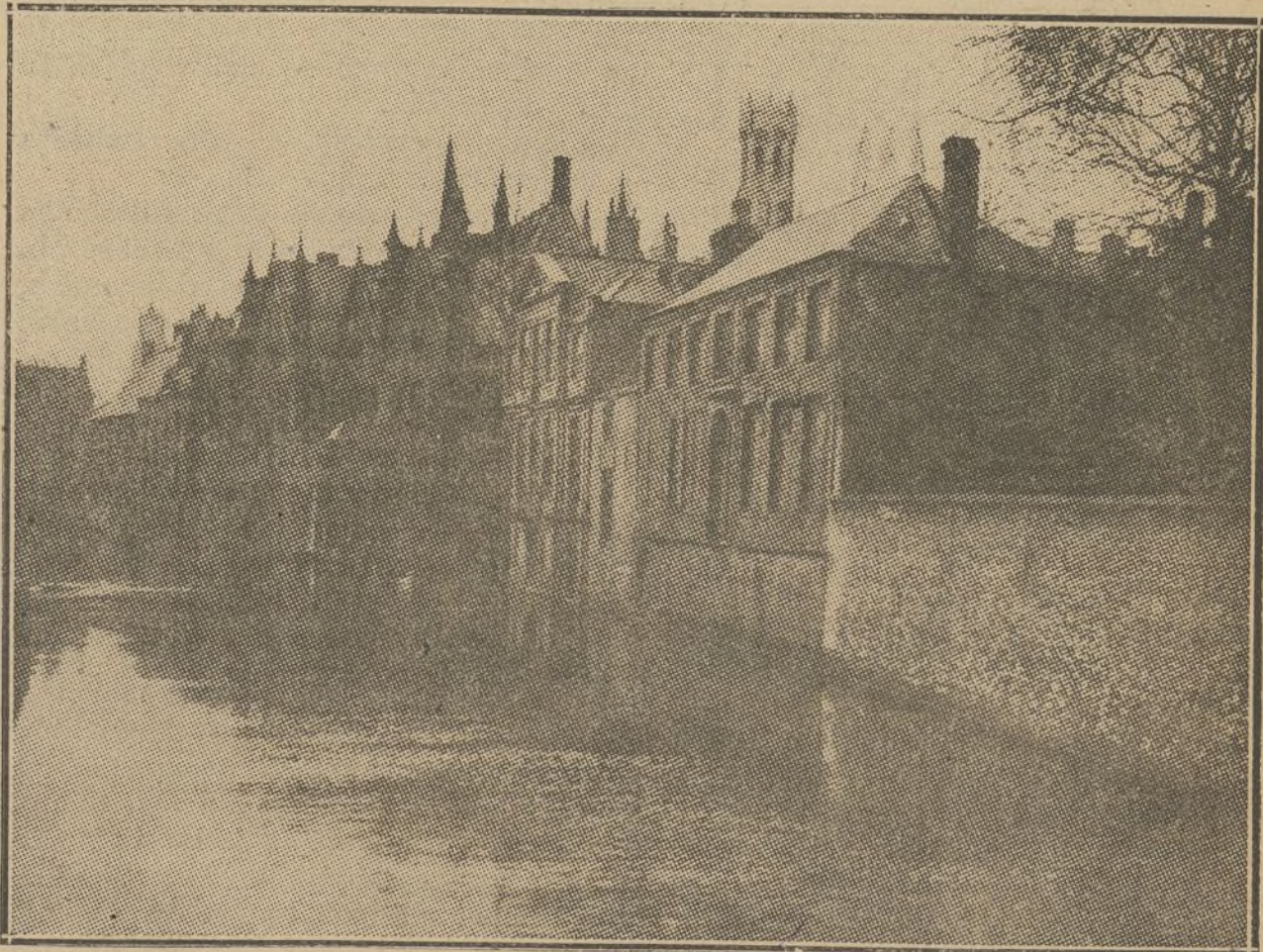
LA TORRE DE LESACA

ciéndose cada vez más precisos, como preliminares modulaciones de una voz que llega. Las obras posteriores son ya prolongaciones y variantes del mismo tema, ecos perdidos de la voz que se aleja, después de haber dicho su canción, repitiendo, trémula, el motivo esencial. Así la última, *Mirage* (adaptación teatral de *Brujas*), no es mas que un espejismo póstumo, un reflejo escénico de lo que fué la encarnación de su espíritu.

Esta influencia de la ciudad se manifiesta paralelamente en la vida y la obra del poeta. Espíritu selecto, de severa autocrítica, suprimió de sus obras todas las correspondientes a sus diez primeros años de labor, siendo, por consiguiente, *La jeunesse blanche*, considerada como la primera. En este bello libro (que ha tenido un feliz eco en lengua española: *En voz baja*, de Nervo) se forma un alma, que, ligada al ambiente familiar, inicia su poesía murmurada en baja y turbada voz. Una nota esencial y constante, la tristeza, hace su aparición y se mantiene sostenida. Tristeza dulce y apacible como de quien, «habiendo sufrido mucho, no tiene remordimientos», que pronto se transforma, aceptada, en esa honda melancolía que Víctor Hugo definió como «el placer de estar triste»; y a la cual arrulla blandamente, en la tranquila palidez local, la lluvia nortea, pertinaz y tediosa que siendo el principal elemento de esa existencia provinciana ha hecho cantar, a su ritmo, a tan buen número de poetas, que bien pudiera formarse una curiosa antología pluvial con los que, como Rodenbach,



LA CASA DE LOS TAGLES EN SANTILLANA



UN CANAL DE BRUJAS, LA TRISTE

Verlaine, Rimbaud, Verhaeren, Van Serberghe, Laforgue, Nervo, Paul Fort... sintieron en su corazón el llanto melódico de la lluvia.

Tan profunda es la identificación entre el arte de Rodenbach y Brujas, que sus caracteres son comunes, como manifiesta, principalmente, *L'Art en exil*. Mejor que *Brujas* reproduce *En exil* esa angustiosa impresión de asfixia en que el ávido espíritu del poeta se ahoga.

Equivale este libro al diario íntimo de un artista, representativo en su dolorosa formación, y refleja sinceramente el efecto que la incomprensiva indiferencia produce en ese espíritu nostálgico «para quien—aplicándole la frase de Bossuet—su propia patria no es más que un lugar de destierro». Jorge

Rodenbach, que repite con afectiva frecuencia algunas imágenes, denuncia su constante aislamiento en la morbosa insistencia con que vuelve en sus obras al conocido símil de Lautreamont: «Solo como el mar, que no tiene compañía.» Y es que su compañera está muerta, y al llorarla llora su propia soledad.

Otra nota característica: el silencio; un silencio tan naturalmente nacido del ambiente que a su lado parece demasiado dogmático el carlyliano y artificioso o provocado el de Maeterlinck, y que aquí resulta de la monotonía de los leves ruidos habituales; pues, como ha dicho Anatole France, «vivió en una atmósfera algodonada, donde todo lo que tiene vida se desliza sin ruido, como los cisnes en los canales». También Roden-

bach ha llamado «mis hermanas, en el Silencio», a las beguinas, esas ingravídas figuras blancas que desfilan calladas por su libro *Museo de Beguinas*, que, como *El Carillonero* y *Brujas*, han sido ya editados en castellano.

Toda la obra de Rodenbach (la crítica de *L'Elite*, inclusive) está vista a través del diáfano cristal de su espíritu; pero empañado de lacrimosa bruma y velado por el misticismo dominical y devoto de los tranquilos beaterios flamencos. Amigo y discípulo de Mallarmé, es un simbolista moderado que sigue el precepto de éste, evocando a la vez, y poco a poco, un estado de alma en el objeto sugerido; como, tan exactamente, ha dicho Verhaeren: «Es de los que sugieren, no de los que comprueban; de los que se

recogen, no de los que se despliegan.» Este es el escritor que inició, con Le monnier, el moderno florecimiento del arte belga, y que en su tenue canto monacal ha logrado plasmar—mejor que Baerstoën en el lienzo—el amor inefable de las ciudades muertas. Las cosas pretéritas son, como él ha dicho, semejantes a esas estrellas de hogar muerto, cuyo rayo suave se siente aún llegar como la llamada de una voz ausente; y, obsesionado Rodenbach por el atrayente encanto de esa voz que le llamaba desde el fondo de la ciudad, como el recuerdo de una muerta amada, sepultóse abnegadamente en su sombra...; pero inmortalizándose también al transfigurarse con ella.

Antonio MARICHALAR

LAS MUSAS DEL CARNAVAL

CANCIÓN

Ríe,
máscara jovial.
Que tu boca
me rocíe
con el claro manantial
de tu alegre risa loca.
¡Es Carnaval!
Ríe—aunque tu alma llore—
y bésame. La careta
no te arranques; que yo ignore

tu frívola vida inquieta
o tu honda pena secreta.
Tu reír mi hastío dore
con un esplendor de llamas
como tu veste encendida.
No digas cómo te llamas
ni el misterio de tu vida.
No sepa yo quién ha sido
la mujer que me ha besado.
Sólo no se da al olvido

lo ignorado.
Sé como la serpentina
que lanza en la multitud
una mano...
El airón de juventud
que perfuma, que ilumina;
rosa, estrella-golondrina
que hace, en un vuelo fugaz,
su nido en el corazón.
No quites el antifaz

de tu cara, quizá bella.
Es más bella mi ilusión.
Y es digna, máscara loca,
del beso tu roja boca
y tu garganta en que canta
tu clara risa jovial.
¿Lo demás?... ¡Nada me importa!
Ven, que bese tu garganta.
¡La vida es corta,
y es Carnaval!

Juan G. OLMEDILLA

AGUAFUERTE

Pierrot, Polichinela, Colombina, Arlequín...
Son los mismos muñecos de la farsa vulgar;
traen los mismos disfraces, y en su rostro el mohín
burlesco de sus vidas de aventura y de azar.

Es el viejo cortejo de Momo, el rey histrión,
que pasa en el estruendo profano de la orgía
ensayando una alegre pirueta de bufón
entre las serpentinas de su melancolía.

Torna el símbolo... El carro de los tristes payasos
—que conduce la gloria de todos los fracasos—
vuelve a sonar el tirso de la farsa inmortal...

Suenan los cascabeles de la fiesta pagana,
y otra vez sobre el mundo cruza la caravana,
arrastrando el sangriento manto de Carnaval.

Carnavales de España... Vértice de la Historia,
donde gira la máscara roja de la Locura,
y pasa, como un símbolo de nuestra antigua gloria,
el Caballero triste de la Triste Figura.

Bufones que en las páginas de los negros reinados,
con piruetas y fábulas de bruja hechicería
divertían el ocio de reyes y privados,
mientras iba la raza en carroza a la orgía.

¡Carnaval de la Historia...! Fugaces torbellinos
de hechizados monarcas y privados ladinos,
que evocan la sombría gesta de lo que fué...

¡Saturnales de España! Festivales sonoros,
en que el pueblo se iba por la tarde a los toros
y a los ritos de fuego de los autos de fe.

La farándula vuelve... Va tejiendo la Historia,
de nuevo, su aventura burlesca en el telar...
Los carros del rey Momo, que iban hacia la gloria,
regresan—entre el polvo del camino—al lugar.

Locos titiriteros, de miserable traza,
que hoy renuevan el viejo cuento del Carnaval,
entre esa mascarada de payasos, la raza
—vestida de histrión—danza en la saturnal.

Pierrot, Polichinela, Colombina, Arlequín...
Personajes grotescos de la farsa divina,
que hoy vuelven a apurar los vasos del festín...

Tristes volatineros de la alegre aventura,
¡vosotros sois el símbolo de la vieja locura
donde muere la raza, vestida de Arlequín!

Ernesto LOPEZ-PARRA

BAJO LA NIEVE

Al dar las once en el reloj de la iglesia, Juliana perdió toda esperanza. Era una noche horrible. El viento hacía remolinos con la nieve, que no cesaba de caer blanda y copiosamente. Por la mañana, muy de madrugada, había salido Lucas al campo, como otros días, desde que se aficionara a perseguir liebres y conejos por el monte, abandonando su honrado oficio de zapatero. Juliana abrió el ventanón de la cocina para asomarse. El aire, entrando con furia, soplabá las mortecinas ascuas del hogar y le empapó de nieve los cabellos. El señor Tomás, anciano, padre de Juliana, exclamó vivamente:

—¡Cierra, cierra! Por más que rees y te asomes no vendrá. A ese le ha oscurecido en lo alto de «Los Calabreses» y pasa la noche en el cortijo. No te quepa duda.

—¿Qué hora es?—preguntó Candelaria

desde el caliente fondo del viejo sillón donde dormitaba.

—Las once—contestó el señor Tomás a su mujer, tan anciana como él.

—Acuéstense ustedes—dijo Juliana a sus padres, acercándose a la lumbre con el rosario en la mano. Pero al momento, pareciéndole que oía voces en la calle, abrió de nuevo el ventanón. Inútil zozobra. El rumor del viento, azotando los añosos paredones, fingía extraños gritos, y las blancas ramas de los árboles nevados, estremecidas por el vendaval, silbaban furiosamente. En la lejanía, como atormentadas almas errantes, los perros vagabundos ladraban.

Juliana, para tranquilizarse, recordó otra ocasión del último invierno en que su marido hubo de pasar la noche en una venta y regresó al pueblo al otro día, ya bien entrada la mañana. ¿Por qué no había de suceder ahora lo mismo? Sin duda tenía razón su padre, y lo demostraba la tranquilidad con que el viejo íbase a dormir.

—Es inútil que aguardes más—dijo—.

Acuéstate tranquila. Mañana, antes de las diez, tienes aquí a tu marido. Esto de pernoctar en un cortijo me ha sucedido a mí también en mi larga vida de cazador. Acuédate, o preguntáselo a tu madre, que se acordará.

Efectivamente, Juliana recordaba otras noches análogas. Sólo que entonces era ella una chiquilla y no comprendía esta horrible inquietud de ahora.

*

Cuando Lucas Martín se casó con Juliana tenía veinticinco años y una excelente reputación de hombre serio, trabajador y sin vicios. Los padres de la novia le acogieron con los brazos abiertos, y el joven matrimonio se instaló en casa de los suegros. El señor Tomás vivía holgadamente con los saneados productos de unos viñedos que poseía en «Los Hortales», lugar distante unos siete kilómetros de la ciudad. Todos sus quehaceres eran vigilar los trabajos de la elaboración del vino en la época de la vendimia, y el resto del año se entregaba con ex-

traordinaria actividad a la caza, su pasión dominante. En sus últimos tiempos, algo achacoso ya y castigado por el reuma en la estación de los fríos, refugiábase en el hogar, junto a los leños chisporroteantes, o bien en el taller de su yerno, situado en la planta baja del caserón. Tenía éste la mejor clientela del pueblo, y allí, desde por la mañana hasta la noche, trabajaba Lucas Martín en silencio, con esa dulce resignación, con la sencilla alegría de quien acepta el duro trabajo como una bendición del cielo y no como un castigo. Lucas era un muchacho modesto y tímido. Estaba dominado por su mujer, que poseía un carácter irascible, terco y batallador. Al final del año primero de su matrimonio comenzaron las desavenencias. En estos días el señor Tomás entraba en el cuarto del oficio, diciendo: «No hagas caso de esa loca, que no sabe lo que se habla. Es tan animal como su madre. ¡Los disgustos que habré tenido yo! Pero me desquitaba con la caza. En cuanto la veía de mal humor, me echaba la escopeta al

hombre, y ¡al campo! Me hice cazador por fuerza, como te va a suceder a ti. ¡Ya lo verás!

A continuación le refería extraordinarios episodios cinegéticos, relatados con tanto calor y entusiasmo que conseguía interesar a Lucas.

Por una causa baladí surgió el altercado un día, de sobremesa. El señor Tomás intervino con acritud en favor de su yerno. Inmediatamente Candelaria—la irascible anciana—arremetió contra su esposo. Este entonces, alzándose cacha-zudamente del asiento, puso la mano sobre el hombro de Lucas y exclamó, mirando a las señoras con desprecio: ¡Vente!

Era un domingo de primavera y hacía una tarde magnífica. Lucas Martín y su suegro se fueron de caza al monte cercano. Al salvar la primera colina, desde la cual se divisa el pueblo a vista de pá-jaro, Lucas respiró con ansia el aire de la sierra. Sentíase como emancipado del ambiente doméstico y parecía que por primera vez veía el campo. El olor del tomillo, el rumor del viento entre los pi-nos y esa sensación de soledad y de li-berdad en pleno monte no las había ex-perimentado nunca con aquella acari-ciante intensidad de revelación. El señor Tomás, alzando el hombro de que col-gaba la escopeta, con un gesto caracte-rístico exclamó: Ahora, que regañen y griten. Somos libres, amigo.

Lucas, que no había disparado en su vida un arma, acertó a matar dos per-didos aquella tarde. En verdad que era un comienzo estimulador y brillante.

Regresaban de noche, un poco fatiga-dos, pero contentos. Como puestas de acuerdo, las mujeres, al verles entrar, se dispararon hacia ellos como furias. El señor Tomás hizo un gesto de resigna-ción y cambió con su yerno una seña de inteligencia.

—En cuanto amanezca... En esta casa no se puede vivir.

En efecto, a la mañana siguiente to-maban el camino de «Los Calabreses». Y de esta suerte, unos días solo y otros acompañado, Lucas Martín se hizo ca-zador. Pero ¡con qué apasionado entu-siasmo, aun en los días de tempestades y de nieves! Lo que comenzó por un de-porte había llegado a constituir su ocu-pación constante y única. Abandonado el oficio, sin prestigio y sin clientela, huía de la ciudad como un perseguido. Pasó el tiempo, se resignó la esposa y casaron las murmuraciones de los veci-nos. Pero no fué ya posible retenerle en su hogar. Una vez se rompió una pierna en el monte y permaneció en su casa postrado cuatro meses. Restablecido lue-go, érale penoso volver a reanudar su trabajo, perdido ya el hábito, y acaricia-ba su perro mirando por la ventana los pinares lejanos, con un impulso irresis-tible de escapar. La casa le era hostil. Juliana, presintiendo una nueva desgra-cia, le colgó al cuello un escapulario. Lucas Martín y su suegro rieron mucho la religiosa precaución de la esposa. Dor-mida en ellos la fe, transigían con los piadosos consejos de la mujer. Era un

escepticismo amable y blando, sin aciri-tud ni menosprecio.

—Yo llevo también mi escapulario—dijo el señor Tomás.

—Y esto, ¿para qué sirve?—dijo Lucas, riendo.

*

Una mañana de diciembre salió de ma-drugada a caza de liebres. Había esta-do nevando toda la noche, y tenía el campo esa desolada blancura que des-orienta a los más expertos montañeses y gañanes. En la soledad de la llanura blanca percibíanse los distintos rumores: un grito, un ladrido, el eco de una voz. Lucas Martín andaba sin tregua, si-guiendo una trocha cuyas huellas se bo-rrabán para reaparecer más lejos. Cerca de él, aterido y callado, le seguía su perro. De pronto, a la hora de ponerse el sol, Lucas se detuvo para orientarse. La nieve había borrado las sendas, y no se veía en la dilatada extensión un ca-serío próximo, cortijo ni cabaña. Con el crepúsculo, el campo nevado se teñía de un triste rosa pálido. Se alzó un viento que hacía grandes remolinos con la nie-ve, y el cazador, un poco inquieto y po-seído de un frío intensísimo, comenzó a frotarse las manos y rompió la marcha en la dirección que creía el más corto camino para alcanzar pronto el cortijo de «Los Calabreses». El perro gruñía y daba extraños saltos y caméras, y a ve-ces se rozaba el lomo con el pantalón de su amo. Así iban adelante, tropezando en ocultas peñas y hundiéndose en pe-queños barrancos. El cazador detúvose un instante, como si le asaltara, un re-cuerdo. Por encima del chaleco apretó con los dedos el pecho, como queriendo tocar algo bajo sus ropas. Fué como una idea repentina, abandonada en el acto. Y siguió adelante, encorvado, puestos los ojos en el suelo. Ibase apagando por el Oeste la claridad rojiza del cre-púsculo.

Al poco rato alzó la cabeza, detenién-dose. ¿No había oído voces? Estúvose quedo un momento. Juraría que era la voz de su suegro. Tal vez estaba ya cer-ca del cortijo y eran gritos de los pas-tones, alegres en torno de la enorme lum-brarada. Miró al perro, como interro-gándole; pero, a su vez, el can le mi-raba a él, interrogándole también. ¿Has oído algo, «Napoleón»?—dijo Lucas.

El perro, con un gruñido, dijo: No.

Y Lucas entonces, haciendo un esfuer-zo muy grande, exclamó: ¡¡Aaah!!

Y el eco repitió un rato: ¡¡Aaah!!

El perro gemía, gemía, y se frotaba con el pantalón de su amo. El cazador, bruscamente, sacó a toda prisa el esca-pulario, que besó tres veces con fervor.

Tras unos momentos de angustiosa va-riación reanudaron la marcha. Amo y perro iban ahora ligeros, muy ligeros, caminando a grandes pasos y a saltos. Lucas creía ver ya el cortijo con su hu-meante chimenea. A veces parecía que le voceaban los pastores, diciendo: ¡Ven pronto, Lucas! ¡Date prisa, hombre!

Y él contestaba: ¡Voy, ya voy—¡Echad más sarmientos en la lumbre, que ya lle-

gamos! Y gritaba: ¡Aaah! ¡Aaah!!

Y el eco repetía: ¡¡Aaah!! ¡Aaah!!

Al dar un salto cayó en una hondona-da cubierta de nieve. Sumergido hasta la cintura, giró un poco el cuerpo y vió una cosa negra que se estremecía junto a sus pies. Era «Napoleón». Le causó ex-trañeza no sentir frío alguno, como si no fuese nieve aquella masa blanca que le rodeaba. De su hombro resbaló la pe-sada escopeta, y como notase detrás de sí un asiento junto a sus rodillas, se in-clinó en un gesto de cansancio, de ren-dición y de renunciación. Estúvose un momento inmóvil, como si pensara algo. ¿Acaso era de noche? A lo lejos veía una vivísima claridad blanca y cega-dora como la del sol a las dos de la tarde. Quizá estaba a la sombra descan-sando de una fatigosa jornada. De bue-na gana limpiárase el sudor de la fren-te; pero, ¿dónde estaban sus brazos? ¿Ha-bía perdido sus brazos, que ya no los sentía?

*

Cinco meses más tarde, cuando el ca-liente sol de abril fundió las endurecidas nieves, unos caminantes hallaron a Lu-cas Martín en el barranco, sentado en una peña, con la cabeza apoyada sobre las manos, y junto a sus labios, como en un beso largo, de suprema angustia, el escapulario de Juliana.

Y «Napoleón» a sus pies, echó una ros-ca, también sumido en ese largo sueño del que no se despierta.

Roberto MOLINA

LECTURAS

El notabilísimo literato Augusto Mar-tínez Olmedilla ha enriquecido su ya co-piosa colección de producciones noveles-cas con una nueva obra de esta índole, titulada *El mal menor*, y llena de ame-nidad y de interés y de clara y sintética visión del natural, como todos los an-teriores libros del autor de *Idilio trágico*.

*

Primorosamente editada por Renaci-miento ha parecido la nueva novela *Entre faldas anda el juego*, del brillante escritor José María de Acosta, que con su anterior libro *Amor loco y amor cuer-do* (cuya tercera edición, por cierto, se ha puesto a la venta también en estos días) había logrado un distinguido pue-sto entre los cultivadores del género.

*

Don José Más, hábil pintor de costum-bres y tipos sevillanos, ha dado a la es-tampa una novela que lleva por título *Por las aguas del río*, y que iguala en méritos a sus predecesoras de igual firma.

*

El brillante cronista de «El Debate», D. Fernando Urquijo («Curro Vargas»), acaba de publicar una interesante nove-la, titulada *La señorita Fidias*.

La Casa Viuda e hijos de Sanz Calleja ha puesto a la venta, con el título de *La serranía de Ronda*, una colección de novelas cortas y cuentos andaluces, ori-ginales de José Bonachea.

*

El Norte de Castilla ha publicado su popular almanaque de *La vida rural*, que este año ha aumentado al doble su tamaño y contiene un texto útil e inte-resante.

*

Se ha publicado *Retablillo grotesco y sentimental*, tome XII de las obras com-pletas del ilustre escritor Emilio Carrere.

*

La editorial Saturnino Calleja acaba de poner a la venta, admirablemente pre-sentados, los primeros tomos de las obras teatrales de Calderón y Lope de Vega, y *El conde de Lucanor*, del infante D. Juan Manuel, libro más famoso que leído y que comparte con el *Decamerón* la gloria de haber creado la prosa novelesca en Europa.

Con tales ediciones de divulgación li-teraria realiza la Casa Calleja una me-ritísima labor.

*

Una obra más de relevante mérito ha comenzado a publicar la Casa Seguí. Lle-va por título *España artística y monu-mental*, y está formada por bellos cua-dernos, cada uno de los cuales lleva 12 grabados, a los que acompaña una bre-ve y concienzuda descripción.

El libro constituirá, pues, un conjun-to admirable, desde los puntos de vista del arte, de la instrucción y del recreo.

El primer cuaderno corresponde a To-le-do, y a éste seguirá el de Granada, con la reproducción de las más admirables maravillas de la ciudad musulímica.



=GOTAS=
NEUROSTÉNICAS
FOSFORADAS
—GENOVÉ—
ALIMENTO DEL CEREBRO
VALIOSO TÓNICO DE LOS NERVIOS
MEDICAMENTO DE ACCIÓN RÁPIDA
Y EFICAZ EN LA NEURASTENIA,
ESTADOS MELANCOLICOS,
JAQUECAS, AFECCIONES
NERVIOSAS, IMPOTENCIA ETC.
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Advertimos a los señores que nos honran con su co-laboración espontánea, que "en ningún caso" nos es po-sible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.



Las selectas producciones que se impondrán esta tempo-rada por sus finos argumentos, lujosa presentación e irrepro-achable conjunto pertenecen al

PROGRAMA VERDAGUER

para el que trabajan los mejores artistas del mundo entero.

Sucursal: Plaza del Progreso, 5.—MADRID

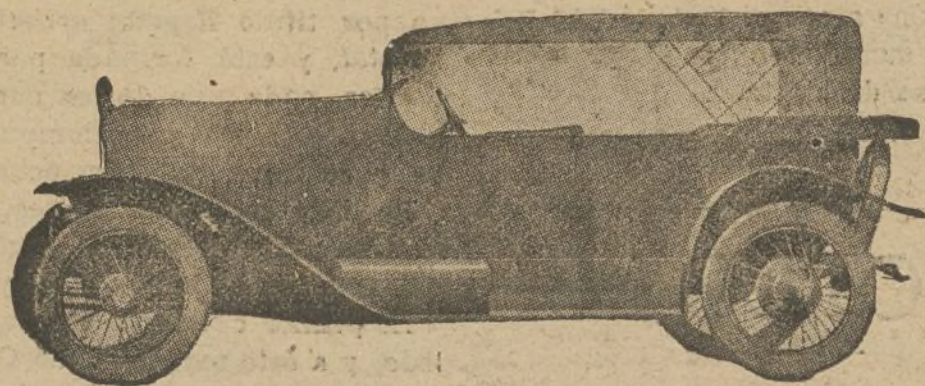
Casa central: Rambla de Cataluña, 23.—BARCELONA

ARTRITICOS **REUMATICOS**



RENOSEPTINA
ELIMINADOR ENERGICO DEL ACIDO URICO

Automóviles "Gregoire,"



Meeting de Boulogne-Sur-Mer
21-22 de agosto 1920

SESENTA CONCURRENTES

Rallye Automóvil (regularidad).....	1.º GREGOIRE
Concurso de Carroceras (confort).....	1.º GREGOIRE
Copa Franchomme (velocidad).....	1.º GREGOIRE

AGENTE EXCLUSIVO PARA ESPAÑA
MR. EUGENIO FRIART

— EXPOSICIÓN Y VENTA —

Príncipe de Vergara, 8. - MADRID

AGUAS DEL INOIO
LA MEJOR DE MESA



Vista del comedor del Hotel de París.

Impermeables Xavier
(Marca registrada)

Sastrería y pañería. Unica Casa
en Asturias para uniformes mili-
tares. **XAVIER MARTIN**
Universidad, 14; Sanz y Forés y
Rúa, 18. **Oviedo**

¡¡EUREKA!!

siempre será el mejor calzado

11-NICOLÁS MARÍA RIVERO-11

CALLOS

Las terribles molestias de
los pies, callos y durezas,
desaparecen completa-
mente usando sólo tres
días el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo ca-
so. Pregunte a cuantos le
han usado y oirá usted
maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. - Por correo, 2 pías.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

GRAN HOTEL PARÍS
OVIEDO

Asturias :- España.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y
confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los
primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en
el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurba-
nos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servi-
cio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

= D. Manuel del Valle Díaz. =

CERVECERIA SANTI DE SACRAMENTOS LA FUENTE
Corrida, 11 **GIJÓN**
Casa especial en mariscos y bebidas de las marcas más acreditadas.
Café puro moka.

Talleres tipográficos de EL IMPARCIAL. — Duque de Alba, 4. — MADRID